ESTINONIO LIGO

## Jué me dejó el



e molesta estar preocupada, sin trabajo, sin mi marido, con mi hijo enfermo, mis problemas y mi angustia a mis treinta y cinco años. Cómo olvidar que tengo que hacer algo para ofrecerle a mis hijos. Qué hacer para que ellos no pasen por lo mismo que yo.

Luis Carlos, mi esposo, se encuentra desde hace once meses en los Estados Unidos trabajando allá porque aquí en Tijuana no hay suficientes empleos para hombres; sobre todo si no es jovencito y estuvo luchando en un sindicato. Yo no he buscado trabajo, no estoy segura de que si me pusiera a buscarlo lo encontraría, porque yo tampoco tengo los dieciséis o dicecinueve años que las plantas exigen, estoy con problemas de salud y tengo también mi sello de sindicalista en todas las maquiladoras: sí, las famosas "listas negras".

El pasado diciembre nos quedamos sin trabajo porque cerró la planta y se fue a quién sabe dónde. En la fábrica llevaba diez años trabajando y Luis Carlos nueve. La maquiladora se llamaba Solidev Mexicana, era una de las varias subsidiarias que tiene Solitron Devices fuera de los Estados Unidos.

Era una maquiladora muy importante porque pro-

NASA, la International Telephone and Telegraph y la Honeywell. Era la única planta maquiladora con un sindicato independiente en todo México; de los pocos o quizá los únicos interesados en luchar por mejorar las condiciones de trabajo en las maquiladoras, pero como dijeron los patrones: éramos un mal ejemplo para otros trabajadores. ¿Cómo se podía permitir que unos obreros pusieran en juego la producción de cosas tan delicadas e indispensables para varias compañías americanas importantes? Se unieron el gobierno del estado, los patrones americanos y el gerente mexicano para acabar con nosotros, y parece que lo lograron.

Diez años de mi vida los pasé trabajando en el mismo lugar, desde que llegué de Mexicali buscando empleo. Empecé como operadora de línea en el departamento de Die Atash. Ahí no manejaba solventes como otras compañeras, pero lo respiraba al igual que ellas porque no había ninguna separación entre el cuarto de lavado y nosotras; además no había extractores. En ese puesto estuve un año y medio soldando en máquinas calientes. Los dados que soldábamos eran tan pequeñitos que teníamos que trabajar con microscopio. En ese puesto duraba las ducíamos rectificadores de alto poder y diodos para la diez horas sentada y se me calentaban mucho las manos.

Cuando iba al baño no me las quería lavar porque tenía miedo de que los cambios bruscos de temperatura me hicieran daño. Lo único que me separaba de la máquina -que trabajaba a una temperatura de 420°F - eran las pinzas que también se calentaban. En ese trabajo se me cayeron varias veces uñas del mismo dedo, y apenas me volvía a salir se me caía, porque mi dedo estaba muy débil. Durante un tiempo me daban fiebres y dolores muy fuertes del codo para arriba. Cuando me checó el doctor dijo que tenía una gangrena gaseosa. El dedo parecía estar bien, pero por dentro se me estaba carcomiendo. Cada vez que se me caía la uña iba al Seguro Social, pero ellos me vendaban el dedo, me daban una medicina y me regresaban al trabajo. Los médicos decían que como era el dedo medio, no tenía por qué no trabajar. Si ese dedo no seutilizaba para agarrar las pinzas; de cualquier forma el calor de la máquina hacía que me doliera. Ese fue el motivo de que me cambiaran de puesto después de estar pidiéndolo y exigiéndolo durante cinco meses. El supervisor no me quería cambiar porque sabía que yo trabajaba muy bien y muy rápido.

Con los ojos nunca llegué a tener problemas aunque la mayoría de mis compañeras, quizá el 95 por ciento de todas las que trabajaban en microscopio, al año o dos tenían que usar lentes porque ya tenían problemas con su vista.

Para que me cambiaran de puesto tuve que llevar el certificado de un médico particular, en donde decía que yo no debía de trabajar ahí porque me hacía mucho daño. Me mandaron a otro departamento donde hacíamos unas placas también en microscopio. Primero estuve en el cuarto de lavado y después me pasaron a inspección. En el cuarto de lavado solamente estuve un mes. Ahí se lavaban las piezas con acetona, con tricoloroetileno y con alcohol. Nunca usaba guantes. Yo tenía que meter las piezas directamente al tambo. Durante unos días usé pinzas para meterlas, pero dejé de usarlas porque se me complicaba el trabajo y no sacaba el estándar. Yo sabía que los ácidos me podían dañar las manos, pero no que la acetona o el tricloroetileno me podían hacer mal, por eso yo metía toda la mano y no me la cuidaba. Tenía que lavar todas las piezas que producían cuarenta muchachas; algunas producían 500 piezas y otras 250 piezas diarias, así que yo lavaba miles de piezas cada día. De ahí me mandaron a revisar los materiales. Ese trabajo también se hacía en microspocopio y como el estándar era muy alto, me ponía muy nerviosa.

Entre los mismos compañeros hay un temor de quejarse por los daños que sufrimos. Entre nosotros nos apoyábamos y quejábamos, pero no nos atrevíamos a decir nada a los jefes por miedo a perder nuestro trabajo. Cuando a mí se me cayeron las uñas todos me apoyaron fuera del trabajo, pero nadie se atrevió a apoyarme para conseguir que me cambiaran de puesto. Todos teníamos miedo. Como sea dependemos del trabajo y eso nos esclaviza. De ahí me pusieron de ayudante de supervisor. Ese trabajo era difícil, sobre todo al principio porque la gente de ahí no me quería. Creo que eran los más antiguos en la planta. Algunos estaban celosos y otros eran muy necios. Además, en aquel entonces yo era muy joven y no les gustaba que alguien más joven que ellos los mandara. Desde

que empecé con ese trabajo tuve muchísimas responsabilidades. El trabajo era muy fino y las piezas muy delicadas. En 1975 cada cerámica costaba veiticinco dólares, así que para la empresa era muy costoso que se echaran a perder. ¡Ellos siempre piensan en números! Por eso, mi trabajo era asegurar que se hicieran bien las cosas y que se desperdiciara lo menos posible. Ese trabajo me costó muchos dolores de cabeza y desveladas. Yo estaba clasificada como ayudante de supervisor y me pagaban dieciocho dólares, que era el sueldo mínimo semanal en 1975 cuando entré. Cuando salí del puesto en 1980 ganaba 750 pesos \*porque me clasificaron como supervisora y me pagaron un poco más. Tuve que aprender un poco de psicología para no tener problemas con las demás personas con las que trabajaba. No caí en su juego sino que ellos cayeron en el mío. Me acuerdo que tenía el trabajo de tres personas: el del supervisor, que nunca existió, el mío y el del mecánico. Me acuerdo que me comía las uñas cada vez que se descomponía una máquina. Había que componerla, llevar material y estar al pendiente para que no bajara la producción y me llamaran la atención.

Cuando estaba de ayudante de supervisor en 1978, me embaracé de mi primera hija. Nunca tuve ningún problema con el embarazo, lo único que me pasaba era que estaba muy nerviosa por sacar la producción y cada tres semanas tenía infecciones en la garganta de tanto oler los solventes.

Durante todo mi trabajo como supervisora vi muchos casos de enfermedad y accidentes. Lo más frecuente en el área de microscopios es la pérdida de la vista. Además, yo noté cómo después de un tiempo de estar trabajando en la maquiladora, a las muchachas les cambiaba el carácter. El trabajo las ponía de mal humor no sólo por la presión de los estándares, sino porque los supervisores estábamos sobre ellas, porque se sentían mal físicamente y por los problemas de no estar tanto tiempo en su casa.



Pintura: Carmen Lomas Garza

<sup>\*</sup> Dos meses antes de la devaluación del peso mexicano en 1976, la compañía cambió su razón social y empezó a pagar los salarios en pesos. Antes se llamaba Solitrón Devices y después se llamó Solidev, S.A. Cuando esto sucedió nos hicieron contratos nuevos, lo bueno fue que no perdimos la antigüedad.

Esto les hace que estén más sensibles y que se molesten

por cualquier cosa.

Durante los años que trabajé ahí hubo dos incendios. En una ocasión explotó parte de un tanque de nitrógeno; más de tres veces tuvimos que evacuar la fábrica porque el olor era insoportable. En ocasiones cuando estaba muy concentrado el olor, nos sacaban, pero solamente a los que estábamos más cerca del lugar de donde provenía la derrama. Muchas veces se desmayaban las compañeras.

Yo conocí a mi esposo en la fábrica. El entró en 1973 y estuvo casi lo nueve años en el Departamento de Moldeo... Ahí todo se hace con las manos y se utilizan grandes cantidades de ácido. Es un departamento muy sucio donde moldean plásticos, vidrios y otras cosas. Luis Carlos siempre tuvo muchos problemas respiratorios. Los dedos de las manos le empezaron a doler como a los cuatro años de trabajar en la planta, y sentía que se le iban a paralizar... Cuando ya estaba de supervisora, en 1980, me embaracé por segunda vez. El niño nació de parto normal, a diferencia del primero que tuvo que ser con cesárea. Fue después que se le manifestó el problema: tiene un tumor cerebral y es como un vegetal, está ciego, no camina y no hace nada. Come solamente de biberón, y todo diluido porque tiene suelta la mandíbula.

Yo pienso que el daño de mi hijo tiene que ver con los años que Luis Carlos y yo trabajamos en la maquiladora porque nosotros nunca tomamos bebidas alcohólicas, no fumamos y no tenemos ningún vicio. Además, en el departamento de Carlos trabajaban doce muchachos, y no es casualidad que cuatro de ellos tengan hijos con proble-

mas cerebrales.

Nosotros sabemos que para que pudiéramos comprobar que estamos dañados por la maquiladora o que los problemas de nuestros hijos se deben a nuestros años ahí, necesitaríamos el apoyo de varios médiços, y ellos, aunque tengan la certeza, no lo admiten por miedo a perder su trabajo.

En febrero de este año me volví a embarazar y tuve un aborto; estaba con fiebre reumática y seguía un tratamiento muy duro que probablemente me lo causó. Queremos hacernos un chequeo general para ver qué problemas tenemos y saber qué posibilidades hay de volver a tener un hijo con problemas de cualquier tipo. Yo temo por mi propia salud y por la de mis hijos; quiero cuidarme para estar bien y poder cuidarlos.

Yo me pregunto cuántos compañeros después de trabajar por años para Solidev estarán como yo o peor, cuántas compañeras estarán angustiadas dudando de una maternidad sana, sin marido, enfermas, sin trabajo, y sin poder hacer nada contra un patrón y una fábrica que ahora ya

no existen.

¿A quién le reclamamos?

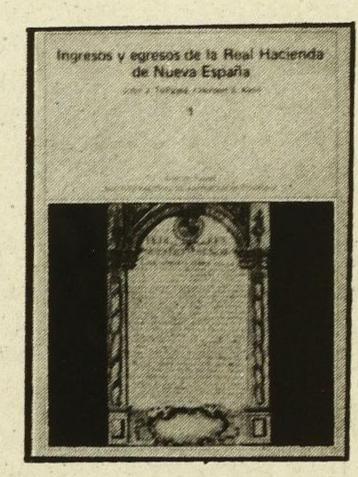


## DEPARTAMENTO DE DISTRIBUCION



Av. Tulyehualco No. 3428 Col. San Francisco Culhuacán C.P. 09060 México, D.F. 582-56-02 582-53-00 582-54-56

Instituto Nacional de Antropologia e Historia



Ingresos y egresos de la Real Hacienda de Nueva España John J. TePaske Herbert S. Klein 1 Colección Fuentes CFD-006

Cuicuilco 17 Antropología Urbana revista de la escuela Nacional de Antropología e Historia **RC-17** 





Historias 8-9 Nuevas reflexiones sobre la Revolución Mexicana H-08